

Paisajes Peruanos

(FRAGMENTOS DE UN LIBRO INEDITO)

La extraordinaria diferencia de alturas hace, en los Andes del Perú, que un reducido espacio, de una o dos jornadas, presente superpuestos los más contrarios climas, como singularísimo muestrario de geografía.

Abajo, en los cañones angostos de las más profundas quebradas, están los valles o *jungas*, tórridos y bochornosos rincones sin horizonte y sin vientos, encajonados entre cerros disformes y elevadísimos. Junto a los pedregales del río torrentoso, crecen los plataneros de hojas rasgadas, los *montes* de caña brava y huarangos, los nogales redondos, los pacaes verdinegros, los paltos claros y las espinosas tunas. En estas tercianientas riberas, plagadas de mosquitos, alternan los plantíos de ají, maíz y caña dulce; en huertas pequeñas se agrupan los chirimoyos, los naranjos, los limos y los tupidos papayos; y a veces sobre las pircas o las tapias del camino, resalta, exótico y triunfal, el laurel rosa (1). En los valles algo más altos y espaciosos, la caña dulce prevalece casi tanto como en la Costa, y sus cuarteles van desalojando los potreros de alfalfa y los maizales. Abundan los magueyes silvestres y desaprovechados; se alzan los grandes *patís*; y en derredor de los pueblos y caseríos, fructifican los granados, los ciruelos, las higueras y los membrillares.

De estos como islotes cálidos, hoyos tropicales clavados en medio de las cordilleras, se sube en pocas horas por agrias cuestras a la tierra templada, a la zona *quechua* propiamente dicha. Esa es la verdadera Sierra, la región fresca y saludable, de cielo puro o despejado pronto por las tempestades: chacras de panllevar, laderas de alcacer, multiplicados andenes que fajan los collados como

(1) Así llamamos en el Perú galicistamente a la morisca y andaluza *adelfa*.

cintas de verdura, y tenues arboledas de alisos, manzanos, eucaliptos y molles. Detrás de las colinas cultivadas en diversicolores retazos, se amontonan irregulares círculos de cumbres severas, y asoman los nevados diamantinos; por las herbosas gargantas se despeñan los arroyos: y las veredas que se enroscan en las pétreas moles, rematan el paisaje con unas líneas delgadas, blanquecinas al mediodía y de oro pálido al atardecer. En esas tierras se hallan las más célebres y numerosas ruinas incaicas; en esos agrestes y callados repliegues, se desmoronan las *intiphuatanas* y las antiquísimas fortalezas; y los sumisos descendientes de quienes las construyeron, labran, con bailes y cantares, los terrenos comunistas de sus *ayllos*, cuyos sembrados se escalonan, en artificiales graderías, desde los cauces de los ríos hasta muy cerca de las cimas estériles. Más arriba, en las ondulaciones y llanadas que se hacen desde estos cerros medianos hasta las punas, se extienden aún los campos de labranza, con cultivos de papas y quínuva, y los pastos para mucho ganado vacuno y lanar (*jallcas*). Apenas interrumpen de tiempo en tiempo la monotonía de las lomas verdes, algunas chozas redondas, de piedra suelta y techo de paja, algún quishuar aislado, matas y zarzales mirtáceos, y la triste procesión de los cardos pequeños, que trepan por las alturas circunvecinas. En las vegas angostas y un tanto abrigadas (*huayllas*), pacen caballos chicos y peludos; en las faldas breñosas, corren las ovejas y las cabras de ojos lucientes; y por los caminos, en elegante desfile, alargando los cuellos, se mueven los llamas, lentos y suaves.

De la región frigidísima pero todavía habitable y fértil, que alcanza hasta los 4,000 metros sobre el nivel del mar, se pasa por abras heladas, a la *Puna* desierta y bravía. Allí los duros pajonales amarillentos alimentan rebaños lanares, guardados por míseros pastores; los *tarucos* (2) y las vicuñas en manadas, se ocultan tras de los riscos rójizos y violetas, estriados de nieve, que encierran las más preciosas minas; cae a diario el granizo; y los charcos congelados brillan como láminas de plata. Y más arriba aún, sobre los penachos de las nubes, queda la región polar e inaccesible de los picos nevados y los ventisqueros, que recortan entre las peñas el cristal de sus aristas bajo el azul profundo de la atmósfera y la refulgencia mágica del sol.

Toda esta diversidad de templos y aspectos se agolpa verticalmente de tan apretada manera que, en infinitos lugares de la Sierra peruana, pueden verse desde el ardiente bajo, los trigales, las frías estancias de las punas y los conos de nieves perennes.

(2) Venado peculiar de los Andes.

Nuestra Costa ofrece también sus contrastes: la esterilidad de los arenales siniestros, con el florido y deleitoso verdor de los valles que los interrumpen; la furia de las rompientes en las playas abiertas, con la mansedumbre de los ancones y de la alta mar, ora de color celeste, ora verdegrís. Pero tales contrastes no son comparables con las antítesis continuas de la Serranía, que aparecen, a más de la diferencia y oposición de sus climas, en casi todos los rasgos de sus genuinos paisajes. Prados de vívido esmalte, entre murallas de cerros plumizos; una leve cortina de taras, queñuales o saucos, entre las calvas rocas; un barbecho colgado en un ribazo abrupto; derrumbaderos y precipicios vertiginosos, y apacibles campiñas de cereales con hileras de álamos sobre el fondo sombrío de las sierras; andenerías, que se empinan como aparadores y retablos, de sementeras varias, y cumbres peladas como las cabezas de los cóndores; corrientes de agua helada y purísima en los herbazales de la puna, *llocllas* lodosas en los barrancos, y vados con pedretones inmensos; la tristeza pungente de las mesetas desoladas, y el encanto humilde y mimoso de las quebradas pequeñas bajo el soberbio ceño de la Cordillera eterna; pobres cabañas de la égloga más rústica, junto a derruidos monumentos ciclópeos de leyenda y de misterio; y sobre la recia lobreguez de los históricos sillares, sobre la nostálgica dulzura de los campos y el virginal sudario de las nieves, se vierte el ánfora divina del cielo, el dorado esplendor de la luz clemente.

Si procuramos armonizar y fundir las innumerables divergencias de los detalles pintorescos, para obtener la expresión de conjunto, el íntimo sentido de la tierra andina, llegamos a dos notas fundamentales: *ternura* y *gravedad*. Hay indecible ternura, esquiva y pastoril, en las lagunas altísimas ceñidas de totoras y pobladas de nuñumas, quellhuas e ibis blancos; o todavía más elevadas, entre orillas roquizas y gramosas, zafiros olvidados en copas de piedra, solitarios espejos de inviolable castidad, en que sólo se miran las cúspides glaciales. Hay una ingenua ternura en los ondulados páramos, cuando las aguas del verano los visten de un verde nuevo y de menudas flores silvestres, azules y amarillas. Hay una incomparable ternura, melancólica y resignada, cuando la lluvia destila en las arboledas de las aldeas, cuando golpea los techos de teja y gotea incesantemente en los cobertizos de icho, mientras mugen en la sombra crepuscular los ganados, chispean mal protegidas las hogueras campestres, y suena lejana y fluida la música indígena, de monotonía penetrante y dulce, como un canto de infancia arrullador y maternal. Y hay gravedad en todos los aspectos de este país fragoso, claro y frío; en sus despoblados, pe-

ñascales y peñoles, y en sus quiebras que son bandas de vegetación entre abismos; en las laderas de trigo, y en los dentellados picachos; en la sobriedad más que europea de la flora, y en la inextricable maraña de las cadenas de los Andes, que toman formas de monstruos y esfinges; en el atormentado relieve de los altos y hondonadas; en los hoscos perfiles de los cerros, y en su colorido que va en los próximos, del bermejo sangriento al áureo tono de la piel de los pumas, hasta revestir en las lontananzas la serenidad episcopal de la amatista. País triste y luminoso, de encumbrados pastos y de yerros, de idilio y de epopeya, hirsuto y asperísimo, con una que otra muelle intermisión en sus valles calientes.

Penetremos en alguna de las típicas poblaciones serranas. Está oculta en el repecho de una quebrada repuesta, con riachuelos cascajosos, huaycos floridos, y potreros que declinan en lomas y andenes; cercada por el verde vivo de los cebadales y los alfalfares, y el verde plata de los quishuares, los magueyes y los recientes alcanfores. Es capital de distrito y tal vez de provincia, aunque no lo parezca por la ruindad y sordidez de su caserío. Las más de las viviendas, blanqueadas de cal; otras presentan al desnudo sus adobes parduzcos, a veces de color ocre y como dorado; y nunca faltan en buen número las destechadas y arruinadas. Al lado de las tejas y las coberturas de paja, se elevan las horrendas planchas de calamina, que son allí el signo de la renovación y el progreso. Si ha sido villa de vecindario español, habrá de seguro casas de sillar y abovedadas. Las pocas de dos pisos tienen barandas y balcones abiertos de madera; casi todas, ventanas escasas y estrechas, de balaustres torneados, y crucecitas en lo más alto de los aleros. Se intercalan a cada paso las tapias de los corrales y las huertas. En la entrada de los caminos, desde Mayo las cruces de las capillas y humilladeros están adornadas con diversidad de flores y estolas blancas. Las principales callejuelas, con cuestras, escalones, y piso de guijarros, lucen cursis nombres modernos de ciudades costeñas, remotos ríos de la Montaña o caudillos revolucionarios; pero muchas conservan aún añejas denominaciones castellanas, como *calle del Suspiro*, *de la Amargura*, *de la Alcabala*, *del Corregidor*; y hasta suelen designarse los barrios por los términos que chuas de *Hanan* y *Hurin* (alto y bajo), y por el origen de los *mitimaes*, Yuncas, Huancas, Collas, procedentes de la época incaica. Se hallan rincones con muros de pirca, toccos irregulares, y toscas fuentes de límpida agua entre molles y alisos, que dan la más neta sensación indígena. La iglesia parroquial, de macizas y rechonchas torres, tiene en la fachada, sobre piedra o cemento, burdos mascarones de ángeles, palomas y culebras semejantes a los más infor-

mes balbuceos de la escultura románica medioeval; y en su interior guarda de ordinario retorcidos altares salomónicos, un Santo Sepulcro y un Santiago a caballo, de los tiempos de la Colonia. En el arco toral, entre andas con imágenes vestidas, se ven rudísimas pinturas de artistas indios, que representan a los apóstoles y patronos con primitiva y bárbara rigidez. El Cura es un mestizo ignorante y concubinario; o un español expulsado de Filipinas, que no piensa sino en reunir algún dinero para volverse a Europa. Sólo ciertas fiestas de cofradías, con su cortejo de procesiones, danzas y general embriaguez, sacuden a intervalos el marasmo religioso del pueblo. El Concejo Municipal muestra en la Plaza Mayor su blanca arquería y sus anchos poyos. Es la inexpugnable fortaleza de los nuevos curacas, de los gamonales lugareños, que dominan en la comarca a precio de ciega sumisión al Gobierno y al diputado. Próxima está la Escuela Primaria, en un galpón ruinoso. A menudo no funciona: el Inspector de Instrucción se ha dedicado a la propaganda electoral, el Maestro se ha dado a la bebida, y los alumnos no concurren, porque sus padres prefieren aprovecharlos desde la niñez como pastores o gañanes en las chacras. Los útiles de enseñanza, enviados desde Lima, han ido a parar y malbaratarse en la pulpería inmediata. El Juzgado, en cambio, está siempre animadísimo, por la invencible manía litigiosa de cholos e indios. El Subprefecto es un forastero, pobre agente eleccionario, removido cada semestre, cuya tarea se reduce a preparar el camino del candidato oficial o a destruir la influencia del diputado indócil. Para este trabajo, único efectivo y práctico de la Administración, auxilian al Subprefecto y sus Gobernadores, la Recaudadora y la Justicia Militar (3). La primera moviliza en los menesteres políticos a todos sus empleados; y, cuando conviene, cierra los ojos a los contrabandos de alcohol de los grandes contribuyentes. La segunda atemoriza a los contrarios con laberínticos procesos y dilatadas prisiones. Los periódicos son hojas minúsculas, eventuales y pasquinescas, de increíble y repugnante procacidad.

Llegará la temporada de las elecciones, con su séquito de bullicios y atropellos; la vasta y solitaria plaza hervirá entonces de gente ebria, traída a lazo desde los caseríos más apartados; se oirán gritos, feroces injurias, tiros y carreras; caerán muertos algunos infelices, sin saber por qué ni por quién; aclamará la turba, en castellano y en quechua, al candidato impuesto, señor feudal efímero, incapaz con frecuencia de entender un programa ni de concebir una idea, mudo instrumento del Gobierno o de un amigo.

(3) Estos apuntes se tomaron hace dos años

Luego tornará la población a sumirse en su modorra de servidumbre y borracheras. Volverá a enmudecer la plaza, dominada por ásperos cerros y alamedas de eucaliptos esbeltos y fragantes. En ella el aire seco y frío levantará remolinos de polvo. Apenas se oirán el cantar monótono de los chicos de la escuela, el silbar lancinante de un *cacharpari*, y el paso elástico de las recuas de llamas. Soledad acerba y letal, medroso encogimiento de cuerpos y almas. Así pasan los años, entre pleitos y compadrazgos. Sólo, de cuando en cuando, un crimen, una inundación, una peste, turban la monotonía. Iguales a sus progenitores, mansos, sumisos, tristes, salen por los senderos del pueblo, hombres de poncho que arrear ganado, y mujeres de *llicllas* moradas y punzóes, que con el huso en la mano, hilan infatigables mientras caminan.

Dirijámonos ahora a las alturas. Entre los cabezos de la Sierra veremos terrenos eriazos por falta de riego, y fértiles rinconadas cuyas mieses sobrantes no pueden llegar a la Costa, por el precio que imponen la distancia y la fragosidad; vertientes de peñas y cantos; verdeantes majadas, con circulares rediles de *canchas*; y rodeada por chacarillas de ocas y de habas, la humilde aldea de la puna. Las cabañas, de techo pajizo, son verdaderos tugurios, negros y asquerosos, sin ventanas, con puertas angostas y bajas. La iglesia es una capillita con esquila. Raras veces el cura viene a ella, para celebrar alguna festividad y cobrar de paso las primicias. No hay escuela, no hay autoridades ni más policía que unos indios *varayos*. Se disputan el predominio el enganchador de las minas próximas y el propietario de la hacienda colindante, que es un mestizo ducho en tretas curialescas, con las que ha despojado de sus tierras a la comunidad indígena. Los comuneros del *ayllo* se han trocado inconscientemente en vejados *yanacones* del nuevo fundo. Aquí el hombre yace bajo el yugo triple de la esclavitud, la miseria y la ignorancia; y en las *jallcas* (4) de hierba corta y mezquina, que suben hasta las crestas de nieve, la Naturaleza de continuo parece gemir.

Cuando de estas melancólicas serranías se desciende a la Costa hay que atravesar una de las regiones más áridas y devastadas del mundo. Los cerros pierden su leve manto de labranzas y grama, y descubren la lúgubre desnudez de sus riscos; desaparece el arbolado; los magueyes se adelgazan y achican; la quebrada se ahonda, estrechísima, reducida toda al fío, escaso y sonoro, que bate y ruge entre cascajales y barrancas, y algún huarango nudoso;

(4) Se llaman *jallcas* las regiones pedregosas y frías, que producen solamente papas y pastos de altura.

cortan el camino a cada instante las hoces de las llocllas, cauces secos de antiguas torrenteras, testimonio de cataclismos seculares; y sobre los grises peñascos, tostados por el sol, se arrastran las víboras. Tras largas jornadas, va templándose la horrible esterilidad. En la quebrada angosta, por los recodos del río, se suceden los cultivos y los pastos. El viento marino disipa el bochorno. Alegran el monte parleras bandadas de loros. Al cabo, el valle se ensancha; aparecen los algodonaes, de flores gualdas y rojas, y las hazas de caña, de un verde dorado; se divisan las casas de los pueblos y las haciendas; y si es tiempo de verano, en el horizonte se distingue la mancha azul del mar.

Los paisajes de la Costa difieren substancialmente de los serranos. Hay en los tibereños perspectiva, espacioso panorama, sobre todo cuando se contemplan bajando las últimas estribaciones de la Cordillera; pero la luz en ninguna estación alcanza la pureza y diafanidad incomparable del refulgente invierno andino. Es la costeña una luz mate y velada, húmedo toldo de siesta, plomizo en los días invernales, blanco y celeste en los de estío. Aun en los de sol más claro, tiene siempre matices perlados y lejos opalinos, por la niebla difusa. En las raras mañanas muy calurosas, algunas veces ofrece el ambiente una limpidez de acuarela; mas, pasado el mediodía, la fresca brisa del sur amontona nubes, como vellones o densos copos de algodón, que enturbian el aire y empañan los colores vivos. Sólo junto a los grandes arenales del Norte o mejor aún junto a los de Ica, la extrema sequedad de los veranos da lugar a un azul vibrante y profundo, que, sobre los médanos áureos y blanquecinos, y la vegetación de algarrobos, higueras, cinamonos y palmares de dátiles, evoca fielmente cuadros de Arabia y Mesopotamia.

El mar, en la temporada brumosa, presenta toda la gama del claroscuro, desde el tinte pizarroso pavonado, y el de estaño fundido en los días de fulgor incierto y resolana, hasta el gris verdeante en los de cerrazón y garúa. Los morros y los acantilados se encubren en los mojados y tediosos pliegues de la pálida *camanchaca* (5). Del opaco cristal de las aguas, movido por recias marejadas, se alza innumerable cantidad de aves, patillos, huanayos, flamencos, alcatraces, que al levantar el vuelo forman una cinta de espuma en los neblinosos confines.

(5) Nombre indígena con que en nuestras riberas meridionales del Pacífico se designan las brumas periódicas que vienen del lado sur y producen las lloviznas y el verdor de las lomas. Probablemente se deriva de las raíces quechuas *camani* (yo fructifico) y *chaclla* (allá).

De Diciembre a Mayo, el sol transfigura estas borrosas y crepusculares marinas. Entonces los islotes y farellones resaltan nítidos, entre el claror del agua y de la atmósfera y las animadas volutas del oleaje; chispea la mica en las rocas y tablazos de las playas; la arena reverbera como bordada de lentejuelas; el mar, glauco o zafireo, relumbra suave y lustroso como la seda más fina; sobre las encañadas del valle y sus arboledas, apenas se tiende una gasa sutil de vapores; y en el fondo se yergue la sierra violeta, de firme trazo, idealizada y aterciopelada por la distancia.

Pájaros acuáticos, gaviotas o pelícanos, revolotean en el cielo sereno. Hay en la bahía escasos buques, y varios botes de albo y triangular velamen. En el desembarcadero, de muy fuerte resaca, reposan alineadas las canoas, lanchas y balsas y los caballitos de totora de los indios pescadores. Más allá de la ensenada que va desde una punta a los arrecifes, protegida por la barra o *tasca*, se hace en determinados días y por crecidas cuadrillas de gente, el trabajo de la cala, primitiva y curiosa manera de pesca en común, sin auxilio de embarcaciones y sólo desde la orilla.

En las pampas del desierto inmediato, suelen existir ruinas famosas para los arqueólogos, y vetustísimas sepulturas; y la pesada majestad de las arenas oprime y esconde muros de adobes arañados, dispuestos en rectángulos y terraplenes, que fueron palacios, castillos y ciudades, asiento de extrañas civilizaciones, hermanas de la Maya y de la China. Donde empiezan los sembríos, entre el desmayado verdor de las cañas de azúcar y las *chalas*, y el verdor sombrío de los campos de algodón, sobresalen los artificiales collados de las *huacas*, sepulcros contemporáneos de los Incas y del Gran Chimú; y por cuyos despedazados y ocres paredones trepan las lozanas viñas. En esas huacas u otras eminencias, están edificadas las casas de los fundos, pintadas de azul o rojo, con arquerías y corredores. Llevan por nombres los antiguos apellidos de las familias criollas coloniales, ya extinguidas. El camino se dirige al pueblo desde los gramadales de la playa, ceñido por tapias, saucerías y ruidosas acequias. Transitán chalanes, carreteros, fruteras montadas en burros con anchos serones. Por fin, en medio de hortalizas, parras, camotales, pacayares y paltos, aparece, no lejos del mar, la aldea costeña.

Es en su mayor parte un hacinamiento de ranchos de caña, enlucidos de tierra, desvencijados, ladeados y a punto de caerse. Bullen entre esas quinchas, en regocijada confusión, negros y zambos, chinos asiáticos y mestizos. Lo central y aseado en el pueblo, lo constituyen calles derechas, empedradas a veces, con viviendas de un piso y terrados chatos, embadurnados al temple, de colores

chillones. La plaza, sombreada de ficos, se engalana con la Iglesia Matriz, de estilo jesuítico y barroco, cuya portada ostenta a menudo redondas claraboyas, barandales, conchas de yeso, agujas y bolas de ladrillo y estuco, habituales adornos a principios del siglo XVIII español. Diríase un viejo cortesano, de espadín y empolvada peluca, asombrado y perdido en el destierro de esta comarca exótica y olvidadiza; o un pomposo galeón de hace centurias, que encalló en puerto remoto, y se destruye en el silencio y el abandono. En la abultada medianaranja y los gruesos campanarios, anidan las santarrositas. Cierta casa vieja, en el rincón de la plaza, conserva el balcón cerrado, con celosías adufadas a la arábiga, y las ventanas de salientes alféizares y rejas de ensortijados dibujos; y en el zaguán se ven aún las labraduras y artesones del techo. Calle adelante, un lienzo de pared se ha venido abajo, y pone al descubierto el inculto jardín, en que subsisten matas de albahaca, florbos y arirumas, frente a un muladar y al Hospital derruido. Quizá una huerta, más extensa que las otras, se llama todavía la *Huerta del Curaca*. En las afueras quedan pocos olivos, resto muy menoscabado de los del tiempo de los Españoles, porque nadie los cuida, y no se reponen los que mueren. Cerca del río hay ciénegas y tupidas malezas de *pájarobobos*. Algún pino, radiado y severo se enhiesta en la lejanía. Un callejón de álamos altísimos, entrada de la vecina hacienda, luce su follaje temblador sobre el fondo azul plateado de los cerros, primeros escalones de los Andes. Las nubes que pasan, arrojan, sobre los montículos claros y arenosos que limitan al norte y al sur el valle, sombras que parecen las manchas de un tigre. Y siempre el cielo benigno, ya soleado ya cubierto, según las épocas, influye sobre estas campiñas igual tibieza muelle y sedante. Los mezclados y morenos pobladores son indolentes, ladinos y graciosos, propensos a los fugaces entusiasmos y los decaimientos súbitos. Su dejo blando se inclina al ceceo. Las mujeres, en la mirada y la sonrisa, manifiestan una amable y perpetua languidez.

Estos valles, sanos, frescos y plácidos, de laxitud encantadora son islas de fertilidad cercadas por el mar, los arenales y las secas breñas de la vertiente andina. Al oriente se halla la estrecha e irregular faja de *Las Lomas*, con laderas, colinas y vegas en donde las garúas y aguaceros del invierno engendran pastos naturales temporarios, hacen florecer los *amancaes*, y ocasionan en diminutivo las pintorescas escenas de los ganados trashumantes. Por los demás lados se tienden las estériles pampas de arena, con sus africanos espejismos y sus torbellinos sofocantes; con las movedizas du-

nas, que en algunos parajes cantan bajo los rayos del sol como esfinges egipcias (6); los oasis de palmas y algarrobos; los delgados hilos de agua de los jagueyes; los pequeños cultivos de los *mahamaes* y las hoyas, alimentados por corrientes subterráneas y semejantes en todo a los *guadtes* arábigos; con las cegadoras salinas; y, en la aridez maldita, las inacabables sendas marcadas por los blancos huesos de los animales que en la travesía perecieron de sed. Hasta que al fin de la jornada abrasadora, se descubre, entre la monotonía de los médanos, la hondura de una grieta verde y frondosa, que es otro tibio y regalado valle, lugar de refrigerio y voluptuoso descanso.

Por tales condiciones físicas, que obligan a la discontinuidad de cultivos y población, la zona de la Costa ha de reputarse como un verdadero archipiélago en el territorio peruano; y sus civilizaciones desde los tiempos aborígenes, han tenido constantemente carácter *insular* por su delicadeza relativa y la tenuidad y ámbito estrecho de sus influencias naturales. No es ni puede ser cuerpo suficiente para una gran nacionalidad. Hoy mismo, mientras la Sierra cuenta con tres millones y medio de habitantes, no llegan los costeños a un millón. La Costa ha suplido siempre sus inferioridades con la óptima calidad de sus pocas tierras de labor, y el precoz desarrollo social, debido a su posición geográfica y al vivaz ingenio de sus hijos. Así, las dos regiones tradicionales, Costa y Sierra (porque la Montaña no significa sino el Perú nuevo y futuro), predominando alternadamente, han formado con sus primacías sucesivas, el ritmo de la historia peruana. En ese ritmo, la Costa ha representado la innovación, la ligereza, la alegría y el placer; y la Sierra, la conservación hasta el retraso, la seriedad hasta la tristeza, la disciplina hasta la servidumbre, y la resistencia hasta la más extrema lentitud. La antítesis perpetua entre ambos caracteres, con las virtudes y defectos que corresponden a cada uno, se descubre desde las épocas más remotas. Antes de que los imperios militares de Tiahuanaco y de los Incas salieran de sus serranías a señorear y unificar todo este lado occidental de la América del Sur, florecían ya, en los valles marítimos, pequeños estados industriales, de idiomas peculiares *yungas*, curacazgos de cultura avanzada dentro de la general incipiente indígena, y cuyos moradores, probables inmigrantes, quizá originarios de Nicaragua y Chiapas, se distinguían por la inteligencia, la mollicie y la habilidad en las artes suntuarias. Expertos agricultores en sus campos de regadío, pescadores en las mansas playas, dies-

(6) En las provincias de Santa y Camaná se ha observado este fenómeno.

tros plateros y orfebres, bufones y danzantes, sus oráculos y ritos tenían una vehemencia orgiástica, ajena a los del interior. Muy de manifiesto se ven sus diferencias con los Serranos, al comparar las alfarerías respectivas: sobria y severísima la incaica, fúnebre casi en la gama de sus colores principales, negro y rojo, exornada con dibujos sencillos y geométricos; y la costeña, vistosa, luciente y adornadísima, sembrada de dragones y peces fantásticos en los vasos de Nazca, de figuras humanas caricaturescas, con burlón y grosero naturalismo en los innumerables vasos de Chimú, cuya devergonzada obscenidad corre parejas con la de la cerámica tro-yana o la greco-italiota.

La oposición continuó en el período español, y hasta se ahondó con el aporte de nuevas razas. Al paso que en la Sierra el mestizaje fué meramente hispano-indio, la plebe de la Costa nació del triple cruzamiento hispano-yunga-africano. Sobre esta fusión de sangres, el criollismo costeño, que ha sido el criollismo genuino, logró su adecuada expresión con el apogeo colonial de Lima. Para apreciar el ambiente limeño, en lo que tiene de singular y característico, y la especie y eficacia de sus influjos, no se ha de pensar en la ciudad moderna, materialmente crecida pero espiritualmente mermada, depuesta de la supremacía originaria sobre el Suroeste americano, a punto de perder su sello propio, olvidadas las costumbres regionales, desfigurada por edificios extranjerizos y bastardos, y aún afeada en su campiña por la disminución y descuido de sus quintas y la muerte de sus antiguas arboledas. Hay que imaginársela tal como fué en sus años más propicios, en los dos primeros siglos de su fundación: coronada de olivos y naranjos, entre cortinas trémulas de saucerías y platanares, aromada en sus patios y jardines por alhelíes, claveles, enredaderas, congongas y albahacas; tierra de las *misturas* de flores y de las aguas de olor; indiana capital de las macizas y altas torres, de los miradores y las azoteas, de los azulejos y las celosías caladas, de las sayas y los mantos casi morunos, cuyo disfraz mantenía un carnaval eterno; ciudad de los bailes garbosos, de las monjas galantes, de las fiestas cortesanas, comedias, cañas y toros, del lujo y del boato; hermosa criolla, devota y sensual, hija de Sevilla y nieta de una sultana, madre de vírgenes y santos, de caballeros rumbosos y de doctores sabios; arrullada por el dorado repicar de sus sesenta iglesias, y por el incienso y los cánticos de sus infinitas procesiones. Daban la nota grave en medio de los halagos de la Colonia, los gobernadores, inquisidores y letrados venidos de la fiera Castilla, como en la antigua Bética los pretores y centuriones romanos. Entre las durezas y estragos del régimen español, a la entrada del agrío y de-

vastado Virreinato, no lejos del sagrado y sepulcral Pachacámac, y junto a las ruinas del Oráculo Sonoro y las suaves riberas del mar, bajo un aire de templanza exquisita y un cielo tamizado y nacarino, creció Lima, viviente imagen de la gracia; y extendió en los umbrales del trágico país, su velo de finura y elegancia risueña. Pero detrás de Lima y de la Costa, región de la siesta, de los esclavos negros y de la vida fácil, se alzaba la Sierra inmensa y aún indivisa, el verdadero Perú, de Pasto a Las Charcas, bien llamado a los comienzos de la colonización Nueva Castilla y Nueva Toledo, porque efectivamente parece en lo físico una España mayor, agigantada y descarnada; región austera, dobladísima y peñascosa, de fatiga y de dolores, más subyugada y afligida que Irlanda, Palestina o Armenia.

JOSE DE LA RIVA AGÜERO